

El Socialismo

Al introducirse las primeras máquinas se dijo que beneficiarían a los trabajadores y a los capitalistas. Pero la máquina, en manos de los patrones, no ha servido más que para centralizar la industria, para crear gigantes fortunas individuales, para despojar al obrero de la propiedad de sus instrumentos de trabajo, para arrebatárle su mujer y sus hijos y convertirles en fuente de placer y de producción capitalistas.

Los obreros han sido las primeras víctimas y los patrones despiadadamente torturados; pero la máquina ha ejercido también su acción sobre las demás clases de la sociedad.

La pequeña industria ha sido destruída; los pequeños industriales, movidos por la concurrencia, han debido entrar, a su vez, en las filas del ejército proletario, condenado a trabajos forzados en los presidios capitalistas.

El comercio también ha debido transformarse: se ha concentrado. Se han levantado enormes bazares y almacenes, combatiendo toda clase de comercio y arruinando la pequeña tienda que permitía vivir en un modesto medio a toda la clase media.

Mientras el pequeño comercio lucha con armas desiguales con los grandes almacenes, sus clientes se empobrecen, pues son los obreros, y no los capitalistas, los que compran en las tiendas del pequeño comercio. Cuando los salarios bajan, el obrero se ve obligado a reducir sus compras, y cuando se halla parado, se ve en el caso de pedir crédito al tendero, quien, por su parte, paga bien caro el que le proporcionan los proveedores.

Todas las clases que trabajan se hallan sometidas a la tortura y a la estrechez.

El socialismo es el único partido que aporta una solución a la situación creada por la concentración capitalista.

Los socialistas piden que todos los instrumentos de trabajo, concentrados, tales como ferrocarriles, talleres, fábricas, minas, bancos, etc., se transformen en propiedad nacional y sean entregados a los trabajadores organizados, los cuales los explotarán, no ya en provecho de algunos capitalistas, sino en beneficio de toda la nación.

El objeto que persiguen los socialistas no es una utopía: basta fijarse, para darse cuenta de ello, que el Estado ya posee líneas férreas, establecimientos metalúrgicos, los correos, tabacos, la fabricación de la moneda, etc., y que fatalmente las industrias centralizadas caerán bajo su control en un porvenir más o menos lejano.

Si las industrias monopoliza-

das por el Estado—que en lugar de representar los intereses de todas las clases de la nación, sólo funciona en beneficio de la clase capitalista—no cumplen el ideal socialista, es debido a que no son explotadas por obreros asociados, en interés de la nación, sino por funcionarios que obran impulsados por interés del presupuesto. Pero esta monopolización, que se cumple fatalmente, indica la marcha que sigue necesariamente la evolución industrial y comercial de nuestra época.

Expropiar a la clase capitalista en beneficio de la nación; poner los grandes instrumentos industriales a disposición de los trabajadores organizados en sociedades de producción, comprendiendo a todas las capacidades intelectuales y manuales necesarias a su buena explotación, tal es el objeto final del socialismo científico.

Esta transformación de la propiedad capitalista en propiedad nacional creará el bienestar social, pues no sirviendo los inventos y los perfeccionamientos industriales para enriquecer a algunos individuos, acrecentarán los medios de subsistencia de todos los miembros de la sociedad. ¿Es esto una utopía, es el sueño de un cerebro criminal? No! Es una obra grandiosa, que merece ser le consagre la vida entera.

PAUL LAFARGUE.

(De *Acción Socialista*, Buenos Aires, Argentina).

“Quiénes son?”

Ya los obreros de Cali le pisaron la cuaria de cabuya a los políticos, quienes aprovechando un momento de loca confusión, armaron la más infeliz algarabía, con la cual querían desorbitar el movimiento de concentración proletaria. Pasaron las ofuscaciones y los pujos místicos, y entonces los trabajadores se dieron cuenta por dónde caminaba el zorro.

Se dijo por algunos simplones que la Junta de la Casa del Pueblo había perdido muchos miles de dólares ofrecidos por los ricos para esta obra, pero todos los obreros saben que los ricos de Cali no quieren que la Casa del Pueblo sea una realidad inmediata, y la prueba está en que ni la Asamblea Departamental que tuvo representantes de Cali, ni el Concejo Municipal, ni la Cámara de Comercio, ni entidad bancaria, industrial y comercial alguna, han dicho algo en bien de esta obra y muchísimo menos votado partida para impulsarla. Los concejeros del Municipio ni siquiera sesionaron para decir a los obreros que aquel lugar determinado por la Junta como escogido para la Casa de todos los desheredados, era tan de ellos como lo es el área de Cali.

El caso de haber sido nombra-

dos algunos padrinos para colocar la primera piedra de la Casa del Pueblo y que éstos se hubiesen elegido del seno de los ricos, tiene dos razones bien claras: la primera, que son los capacitados para desprenderse de unos centavos de los muchos que han quitado al trabajador, y que sin ser una filantropía y mucho menos una caridad, se les presentaba el momento de cubrirse jesuíticamente con el manto de la humanidad, las podredumbres de sus riquezas; y segundo, porque la Casa del Pueblo es un bien para todo hijo de mujer, y muy particularmente para los que ansiamos el progreso de la ciudad.

Esos mismos elementos, que muchas veces han engañado a los trabajadores con la hipocresía de Víctor V. Olanco con la audacia de un Ziwatzky, tomaron por pretexto dos discursos que ni siquiera son parecidos a los violentos y ferozes escritos de los miserrimos conservadores contra Pedro Nel Ospina, en su candidatura presidencial, y que juzgados en buena razón, son inferiores a muchos artículos escritos por sus autores y leídos en Cali sin miedo de vírgenes; y sin embargo, ese pretexto fue bastante para que los señores ricos refranaran sus *crecidas ofertas* que habían hecho.

Estos disfraces torcieron a ciertos obreros, hasta hacerles creer en insuitos a las damas, y en otras barbaridades que sólo caben en sus cerebros atormentados, para conseguir que negaran, como Pedro a Cristo, su propio hermano. Y fue cuando dos miembros de la Junta de la Casa del Pueblo, protestaron, no una vez sino tres, contra los imaginarios insultos. Y cuando creyendo recibir las *crecidas ofertas* que PENSABAN dar los ricos, se quedaron sin la sogá y sin la ternera, porque adalando a los ricos ofendieron la dignidad del único hombre que ha sonado su metal y prestado sus medios para allegar fondos a la Casa del Pueblo, hasta obliga lo a retirar su postre oferta, como una protesta contra la manera vil y cobarde como le han tratado. Este hombre es don Román Z. Casas, de quien publicamos la nota siguiente, para que se medite hasta dónde va la campaña de los enemigos del pueblo, procurando desvincularlo de sus verdaderos servidores.

Antes de terminar estas líneas, ponemos en conocimiento de quienes lo ignoren, que fue el señor Casas quien dio los efectos del Festival del 25 de diciembre pasado en beneficio de la Casa del Pueblo y que ha sido él quien solicitó dineros que sí entraron, de personas independientes, y que sólo él ha podido coleccionar el dinero que hoy tiene la Junta:

«Cali, 22 de mayo de 1925
Señor don Rodolfo Rodríguez,
Presidente de la Junta de la
Casa del Pueblo, y demás miembros de dicha Junta.—Ciudad.

Estimados señores y amigos:

En vista de los sucesos que ustedes conocen ya de sobra, muy a mi pesar, me veo en el caso de retirar la oferta que les hice a ustedes, de contribuir con \$ 125 oro para la fundación de la Casa del Pueblo, y sólo prestaré mi apoyo material y moral a esa proyectada institución cuando se reconozca mi buena voluntad y el desinterés con que he querido servir a este pueblo, por parte de aquellos que ahora injustamente me están atacando.

Siempre a sus órdenes, que lo de Uds. muy atto. S. S. y amigo

ROMAN Z. CASAS

ESCUCHA HERMANO!

¿Has pensado alguna vez en las causas de vuestra pobreza? Eres muy trabajador, y dónde está el fruto de vuestro trabajo?

Los burgueses os dicen que vuestro trabajo lo dejaste en las cantinas, en los garitos y en los lupanares. Pero es verdad que vosotros no negociáis con las rentas, ni con los garitos, ni con los lupanares?

Algunos quieren explicar vuestra pobreza con la muleta eterna de que el mundo es así: pobres y ricos. Pero os engañan. El asunto tiene muchas causas, y todas ellas os las ocultan. Porque aquí, como en todas las cosas, hay causas y efectos, y la pobreza es un efecto de la causa del capitalismo.

Sabes qué es el jornal? un dinero que los burgueses que lo guardan unos minutos.

El dinero es el fruto de vuestro trabajo honrado, y ¿cuánto os dura ese dinero? ¿os veis que pocas horas después no tienes un céntimo? y ¿a dónde va a parar vuestro dinero? ¿en los centavos en leche, unos centavos en carne, en luz, en agua, en aspirina, en fin en todo aquello que posee el rico y con lo cual os vuelve a qué un minuto de dinero.

El jornal es el fruto que mantiene el funcionamiento de vuestro cuerpo que es una máquina que expulsa un minuto.

Si vosotros no os organizáis para defenderos, es claro que siempre seréis las víctimas. Pensad que unidos podéis establecer los precios de los arriendos, de los alimentos y también de vuestro trabajo.

Pensad en todo esto, y no atienda las sugerencias de los políticos que desacreditan a vuestros defensores, porque saben que vuestros defensores os están retirando de ellos y no quieren quedar solos, porque vosotros sois las bestias y ellos el jinete.

PROSPERO del VALLE